

LIBRO DEL AMOR 1

Los olivos y las respuestas requieren tiempo.



DAMASCO, PRIMAVERA DE 1960

1. La pregunta

—¿Y tú crees en serio que nuestro amor tiene alguna posibilidad?

Farid no lo preguntaba para recordar a Rana la sangrienta enemistad que enfrentaba a sus familias, sino porque se sentía desdichado y no veía esperanza alguna.

Tres días atrás, la policía secreta había asaltado y secuestrado a su amigo Amín cuando éste salía de su casa. Desde la unión de Siria y Egipto en la primavera de 1958 se había iniciado una cacería de comunistas. El año 1959 había sido especialmente malo. El presidente Satlán había pronunciado furiosos discursos contra el régimen del dictador Damián en Irak y contra los comunistas. Tampoco al terminar el año había habido un respiro; incluso en plena noche los *jeeps* del Servicio Secreto circulaban por las calles de la capital con sus víctimas. Las familias quedaban atrás, entre lágrimas de miedo. Se habló de «Nochevieja sangrienta». Un susurro corría de boca en boca y suscitaba aún más miedo del Servicio Secreto, que parecía tener espías en todos los hogares.

Ese día, para Farid el amor era algo parecido a un lujo. Había pasado unas horas tranquilas con Rana en casa de su fallecida abuela. Allí, en Damasco, cualquier encuentro con ella era un oasis en medio del desierto de su soledad. Muy al contrario que las semanas pasadas en Beirut, donde se habían escondido ocho años atrás. Allí, cada día había empezado y terminado en los brazos de Rana. Allí, el amor había sido un dulce y extenso paisaje fluvial.

La casa de su abuela aún no había sido vendida. Claire, su madre, le había dado la llave la mañana anterior.

—Pero déjate puestos los calzoncillos —había bromeado.

Brillaba el sol, pero hacía un día gélido. Una humedad mohosa le había salido al paso al entrar en la casa. Abrió las ventanas, dejó pasar el fresco y por último encendió las estufas de la cocina y el dormitorio. No había nada que Farid odiara más que el olor del frío húmedo y asentado.

Cuando Rana llegó, poco antes de las doce, las estufas ya estaban al rojo. Ella bromeó:

—¿Estamos en el *hammam* o en casa de tu abuela?

Farid la vio tan arrebatadoramente hermosa como siempre, pero no consiguió librarse de la sensación de un peligro amenazador. Mientras la besaba, pensó en el indio que en una inundación había buscado la salvación encaramándose a un tejado y se había ido sumergiendo poco a poco en la húmeda muerte. Se abrazó a Rana como si estuviera ahogándose y notó el corazón de ella contra su pecho. Tenía frío, a pesar del calor, y su sonrisa sólo lo alivió del miedo durante unos segundos.

—Hoy eres un modelo de decencia —lo provocó ella cuando salieron de la casa al cabo de unas horas—. Como si mi madre te hubiera encargado que cuidaras de mí. Ni siquiera te has quitado los pantalones...

Y rió alegremente.

—Esto no tiene nada que ver con tu madre —dijo él, y quiso explicárselo, pero las palabras se le quedaron atravesadas.

En silencio, caminó junto a ella por los callejones hasta el parque de Sufaniya, cerca de Bab Tuma. Cada *jeep* que pasaba suponía un sobresalto.

De las radios de los cafés salían las palabras del presidente, que prometía una lucha encarnizada contra los enemigos de la República. Satlán poseía una voz hermosa y masculina que cautivaba a los árabes. La radio era su caja mágica. Con más de un ochenta por ciento de analfabetos, la oposición carecía de la menor oportunidad. Quien domina la radio tiene al pueblo de su parte.

Y el pueblo amaba a Satlán; tan sólo una ínfima y desesperada oposición lo temía y, tras la despiadada ola de detenciones, un extraño miedo envolvía la ciudad. «Pero pronto los damascenos lo habrán olvidado todo y volverán a ocuparse riendo de sus negocios», pensó Farid cuando llegaron al parque.

Su miedo era una rapaz que devoraba su tranquilidad. Pensaba sin cesar en Amín, el solador, que ahora tendría que soportar los tormentos de la tortura. Amín no sólo era su amigo. También había sido el contacto entre las juventudes comunistas, que Farid presidía desde hacía unos meses, y la dirección del partido en Damasco. Apenas unos días atrás le había asegurado que se había encerrado y cortado todos los hilos que conducían hasta él. Amín era un experimentado luchador clandestino.

Hacía unas semanas, mientras tomaban café una mañana, la madre de Farid le había dicho de pronto que la muerte de sus padres, tías y tíos la dejaba a un tiempo triste y desnuda; el muro protector de los mayores desaparecía y uno quedaba más expuesto al abismo. Ahora, él mismo contemplaba desnudo ese abismo. Todo parecía tambalearse. Su amigo Josef defendía ciegamente a Satlán y despotricaba contra los «agentes de Moscú», como el presidente llamaba a los comunistas. Farid estaba en el partido equivocado, era el único ser humano entre seres sin corazón, y ya era hora de que lo dejara. ¿Cómo podía Josef hablar así?

Rana era la mayor felicidad para Farid. La amaba tanto que casi deseaba separarse de ella para protegerla del riesgo de una persecución. Miró su oreja. Sólo por eso, por aquella pequeña e inocente oreja, tenía que amarla.

Rana llevaba un buen rato en silencio. Parecía observar a los niños que jugaban en el parque, pero una chiquilla al margen del grupo le llamó la atención. La niña bailaba y giraba en círculo, se quedaba rígida de repente y luego se arrojaba al suelo, como alcanzada por una bala. Al cabo de unos instantes volvía a incorporarse y bailaba de nuevo, para volver a dejarse caer al poco.

Hacía tiempo que Damasco no disfrutaba de semejante clima: la bendición de las lluvias invernales había sido anulada por el frío primaveral; las flores y los capullos se habían helado.

Era el primer día soleado después de una eternidad húmeda. Los habitantes de la ciudad vieja salían, pálidos y tosiendo, de sus casas de adobe, que no conseguían mantener el frío a raya, y buscaban los parques y jardines fuera de las murallas de la ciudad. Los adultos hacían barbacoas, tomaban té, jugaban a las cartas, contaban historias o fumaban sus narguiles con la mirada perdida. Los hijos se entretenían con juegos bulliciosos: los chicos con pelotas, las chicas con aros de hula-hop, recién llegados de América, que habían conquistado Damasco en un abrir y cerrar de ojos. Meneando las

caderas, las chicas trataban de mantener en movimiento circular los aros de plástico. La mayoría aún eran torpes, pero algunas ya lograban mover los aros durante unos minutos.

El frío parecía no importar a la muchacha que bailaba apartada de los demás. Sus movimientos tenían una extraña calma veraniega. Rana observó el cuello de la muchacha y se preguntó qué signo trazaría la sangre en el aire si realmente una bala alcanzase a la pequeña. En el caso de su tía Yasmín, el chorro de sangre había pintado en la pared el símbolo del infinito, un ocho horizontal. De eso hacía ya diez años. Yasmín, la hermana menor del padre de Rana, había regresado de Beirut, donde se había escondido durante largo tiempo de la ira de su familia junto a su esposo musulmán. Echaba de menos Damasco, su ciudad, y a su madre. Una sonrisa afloró a los labios de Rana, pero sólo para volver a perderse enseguida. Pensó: «Debe de ser el destino de la familia que todos los enamorados huyan a Beirut.»

Un día de verano, la tía Yasmín la había invitado a la famosa heladería Bakdash, en el zoco Al Hamidiya. Allí dijo, en tono alegre e intrascendente:

—Desde tiempo inmemorial, la vida en Arabia se mueve entre dos enemigos irreconciliables: el amor y la muerte, y yo he optado por el amor.

Pero la muerte no aceptó su decisión.

Samuel, el sobrino de Yasmín, la mató a la entrada de un cine; su acompañante huyó sin sufrir daño alguno. Samuel no disparó sobre él, sino que se quedó de pie junto a su tía ensangrentada y gritó a los transeúntes:

—¡He salvado el honor de mi familia cristiana, porque mi tía lo había arrastrado por el barro al casarse con un musulmán!

Muchos de los presentes habían aplaudido.

Samuel, el malcriado hijo de la tía Amira, tenía por entonces dieciséis años, y no se lo consideraba mayor de edad. Pasó un año en la cárcel y luego quedó en libertad. Sus parientes lo llevaron a hombros por las calles, cantando a voz en cuello, hasta casa de sus padres. Allí, más de cien personas festejaron su acto de heroísmo hasta el amanecer. Sólo Basil, el padre de Rana, se mantuvo al margen de la celebración. Le resultaba demasiado primitiva, pero también él comprendía el asesinato de su propia hermana, quien había acarreado la vergüenza a la familia.

Tan sólo Samia, la abuela, hizo saber a Samuel y a la madre de éste que lo maldeciría todos los días al levantarse y todas las noches antes

de acostarse. Yasmín había sido su hija predilecta. Probablemente por eso se murmuraba que Samuel —por encargo de quien fuere— había matado a su tía cargando con el odio de su propia madre, que siempre se había sentido relegada.

Desde entonces, Rana no había vuelto a dirigirle la palabra a su primo. Siempre que éste visitaba a su hermano Jack, ella se encerraba en su habitación. Tampoco volvió a pisar jamás la casa de su tía Amira. En cambio, la foto de la tía Yasmín colgaba en su cuartito junto a la imagen de la Virgen María.

Esa fría mañana de marzo, Rana siguió guardando silencio y apretó con fuerza las cálidas manos de Farid.

La niña volvió a caer, esta vez con enorme elegancia, y se quedó tumbada un rato, antes de que sus manos empezaran a aletear como una mariposa, como signo de que la vida había regresado al cuerpo tendido.

A lo lejos, alguien cantaba complacido unos versos colmados de melancolía y desesperación: «Me obligué a separarnos / para olvidarte.» Eran un fragmento de la última canción de la cantante egipcia Um Kulthum. Ahmad Rami, el tímido y sensible autor de los versos, en los años cincuenta había plasmado su devoción por ella en más de trescientas canciones, sin que su amor llegara nunca a colmarse.

—Necesito tiempo para encontrar una respuesta —dijo Rana.

LIBRO DE LA MUERTE 1

La pregunta es hija de la libertad.



DAMASCO, OTOÑO DE 1969 - PRIMAVERA DE 1970

2. Un cadáver en la cesta

Un cálido viento barría desde el sur la calle Bin Assaker. El día aún no se había despojado de su máscara gris. Tras los muros de la ciudad vieja, Damasco despertaba a regañadientes como una niña mimada.

Los primeros autobuses y pequeños vehículos recorrían la larga calle con un ruido infernal. Transportaban trabajadores de los pueblos circundantes a las muchas obras del barrio nuevo. Uno de los obreros, un hombre de corta estatura, caminaba arriba y abajo por la acera, desde Bab Kisan, la entrada de la capilla de Bulos, en dirección a la Puerta Oriental, y luego en sentido opuesto. Esperaba su autobús. En la mano izquierda sostenía, como todos los trabajadores de la zona rural, su hatillo de provisiones de desvaída tela azul. Con la derecha gesticulaba con vehemencia, como si pretendiera convencer de algo a un interlocutor invisible. El tramo que recorría iba haciéndose cada vez mayor, como si deseara que el autobús apareciera en el siguiente giro.

Justo cuando el sol doraba el borde superior de la antigua muralla, volvió a darse la vuelta. Al hacerlo, dirigió brevemente la mirada al sur. Sus ojos se fijaron en la gran cesta que pendía sobre la entrada de la capilla de Bulos, el lugar donde según la leyenda el acendrado fundador de la iglesia, Bulos, escapó de sus guardianes saltando el muro metido en una cesta, después de su «experiencia de Damasco».

De la cesta, que seguía colgando envuelta en sombras, sobresalía una mano, como la de un ahogado. En el mismo momento, el albañil comprendió que el hombre al que pertenecía esa mano estaba muerto. De repente, todo lo demás perdió importancia: el autobús, los ladrillos que tenía que cargar sobre sus espaldas durante tres tramos de escalera, e incluso la disputa con su codicioso capataz.

—¡Hay un muerto en la cesta! —gritó alterado.

Cuando por fin pasó un policía, que hacía su ronda en bicicleta por la Puerta Oriental medio dormido, se dirigió con tanta vehemencia a él que el gordo funcionario estuvo a punto de perder el equilibrio. El horror surcó el rostro del policía cuando el hombrecillo sacudió como un loco el manillar de su bici repitiendo sin cesar:

—¡Un muerto! ¡Un muerto!

«Un chiflado», pensó el policía. A regañadientes, volvió la vista al punto que el obrero señalaba con insistencia, y vio la cesta, ya completamente bañada por la luz matinal.

—¿Qué muerto? ¿Se ha vuelto loco? ¡Suelte mi bici! —En sus treinta años de servicio había visto muertos en todas partes: en la cama, en el canal, incluso ahorcados en un cuarto de baño, pero nunca en un cesto sobre el muro de la ciudad—. ¡Cálmese! No hay ningún muerto. Los cristianos recuerdan a su apóstol Bulos, que huyó por ese lugar. —Y volvió a observar la cesta, que llevaba semanas colgando sobre la puerta.

Pero en vez de subir al autobús, que al fin había llegado, el obrero siguió porfiando. Se agarró a la bici del policía.

—Y yo le digo que ahí dentro hay un muerto —bramó con voz ronca.

El conductor del autobús, picado por la curiosidad, apagó el motor y bajó del vehículo, seguido de varios pasajeros. Todos rodearon al policía y apoyaron al obrero en su sospecha.

Por fin, el policía cedió y prometió informar a la Brigada Criminal, pero al mismo tiempo insistió en llamar como testigo al hombre que le había arruinado la mañana. Tomó nota de sus datos personales y lo exhortó a mantenerse disponible en todo momento. Luego siguió su camino. También el autobús prosiguió su viaje rumbo al norte.

3. Comisario Barudi

Los hombres de la Brigada Criminal hallaron en la cesta a un hombre con el cuello roto. En el bolsillo del pijama llevaba un trozo de papel grisáceo que rezaba: «Bulos ha traicionado a nuestra sociedad secreta.»

El joven comisario Barudi examinó la nota. La letra era sin duda temblona, pero resultaba legible con un poco de esfuerzo. El trozo de papel había sido arrancado de un pliego grande, como los que había en las muchas tiendas de recuerdos de la ciudad vieja para envolver jarrones de cristal o costosas cajas de madera con delicados trabajos de marquetería. El autor se había esforzado por que los bordes fueran lo más regulares posible.

A eso de las diez, un policía llevó hasta la comisaría al viejo portero de la capilla de Bulos, visiblemente asustado. La cesta no había sido idea suya, declaró el hombre, sino del joven párroco Michael, que quería recordar a toda costa la fuga del fundador de la iglesia a los transeúntes. Ansioso, contó que durante dos semanas había tenido que limpiar todos los días la basura que los chicos echaban a la cesta: botellas, ratas muertas y gatos.

El muerto, un hombre de unos cuarenta años, llevaba un pijama azul claro. Los forenses establecieron que la muerte se había producido alrededor de la medianoche y el cadáver mostraba en el pelo y la ropa algunas fibras del saco en que probablemente había sido transportado hasta el lugar del hallazgo.

Tres días después, el muerto fue identificado como el comandante Mahdi Said, y se planteó el siguiente enigma: ¿quién era el Bulos mencionado en la nota?

El comisario Barudi mantuvo una primera conversación con la joven y hermosa viuda, que se mostró contenida y habló con frialdad, respondiendo con monosílabos. O realmente no sabía nada sobre su esposo, o sabía demasiado. A la pregunta de si no lo había echado de menos, reaccionó con distancia e ironía:

—Era normal que pasara fuera días e incluso semanas. Su ocupación era su amante. Conmigo sólo estaba casado.

El comisario estaba convencido de que la viuda había levantado un muro protector de desapego e indiferencia para ocultar su dolor, o bien su ardiente odio. Le resultaba sumamente atractiva y le habría gustado averiguar qué había detrás de su fachada. Al fin y al cabo, estaba soltero y solo.

Indicó a los de la sección de huellas que buscaran en la buhardilla de la vivienda. Allí había sido asesinado el comandante, en su cama. Tenía que haberse defendido de su o sus asesinos. Sin embargo, se suponía que la viuda no había oído nada porque dormía un piso más abajo, en el otro extremo de la casa. A veces su marido hablaba hasta altas horas de la madrugada, interpretaba música, llamaba por teléfono y movía la silla de un lado a otro. Eso la había atormentado durante mucho tiempo, porque el menor ruido la despertaba. Por eso, hacía alrededor de un año se había visto obligada a cambiar su luminoso dormitorio con balcón, situado justo debajo de la buhardilla, por un cuarto trasero, oscuro pero tranquilo.

La buhardilla tenía una entrada propia. Una estrecha escalera llevaba desde el gran balcón del segundo piso al tejado, un piso más arriba. Allí, dos estancias escuetamente amuebladas y un sencillo baño constituían el reino del comandante. Un cuarto era el dormitorio; el otro, más pequeño, un despacho, con escritorio y armario de metal.

—El asesino tiene que haber entrado desde la calle —dijo el teniente Ismail, que dirigía el equipo de búsqueda de huellas, cuando el comisario le pidió su primera impresión. Barudi e Ismail se entendían bien. Ambos eran forasteros en Damasco, e iban a cenar juntos no pocas veces, a horas tardías.

Estaban en el balcón, ante la escalera que conducía a la buhardilla.

—Hemos encontrado rastros claros en esa vieja hiedra. El asesino subió desde la calle trepando por la enredadera hasta el balcón, y desde aquí sencillamente subió la escalera hasta la buhardilla —explicó Ismail, señalando la ruta con la mano derecha—. Luego —prosiguió, apoyándose en la baranda— tuvo que salir con el cadáver por el cuarto del balcón y después por la puerta de la calle, abajo. Hemos encontrado restos de yute en el borde de metal de la cerradura de seguridad. Salió por la escalera principal.

—¿Y por qué dices «el asesino»? ¿Seguro que era un hombre? ¿Y que lo hizo completamente solo? —preguntó Barudi, siguiendo con la mirada la ruta desde la calle hasta el balcón.

—La rotura del cuello es inequívocamente obra de un hombre, no de una mujer, pero desde luego también pueden haber sido varios hombres —respondió Ismail.

—¿Y por qué no un hombre y una mujer?

El hombre sonrió.

—También, pero entonces el asesino al que la mujer debía ayudar era estúpido. Es demasiado arriesgado trepar por la hiedra si podía entrar por la puerta sin llamar la atención. —Hizo una breve pausa—. No; tengo la sensación de que el asesino habría corrido cualquier riesgo, incluso ser detenido, por matar al comandante. Todo este asunto huele más a amarga venganza que a fría eliminación por parte del amante de la esposa.

—¿Y si todo estuvo planeado por otra mano? Se supone que el marido tenía un puesto importante en el Servicio Secreto. Aún no sé nada concreto, pero al fin y al cabo era comandante, y esa gente vive peligrosamente —señaló Barudi.

—No cabe excluirlo. A un profesional, la ascensión por la enredadera no le llevaría más de dos o tres minutos —respondió el otro. Estaba subiendo la escalera que conducía a la buhardilla con aire pensativo cuando la viuda dijo al comisario que su ayudante, Mansur, lo reclamaba al teléfono.

Eran ya más de las once cuando salió de la casa. No podía evitar pensar en la viuda. «El comandante Mahdi, mi marido, tenía muchos enemigos», le había dicho sin rodeos al cabo de un cuarto de hora. Y Barudi había tenido la impresión de que tampoco ella quería especialmente a su marido. Ni siquiera se esforzaba en aparentar que sí. Más bien lo llamaba siempre «comandante Mahdi», como a un extraño, y añadía casi avergonzada y en voz baja la aclaración «mi marido».

«¿Qué secreto guarda esa mujer? ¿Hasta qué punto ha de estar muerto un hombre para dormir solo, en una buhardilla miserable, y no en los tiernos brazos de semejante belleza?», se preguntaba el comisario una y otra vez, en vano.

Un hambre lobuna le atormentaba el estómago. La viuda le había servido cinco veces café y bombones. Condujo su destartado Ford hasta la tienda de ultramarinos de Iskander, en la calle Recta, junto a la calle Abbara, y como de costumbre pidió que le preparasen un emparedado de pan ácimo con *pasturma* cortada en finísimas lonchas. La excelente cecina curada, con su picante envoltorio de especias, era su comida favorita. Iskander lo sabía. Aun así, cada día preguntaba cortésmente: «¿Lo de siempre?» E invariablemente servía su sándwich y su vaso de agua fría al comisario. Todo junto valía una lira, y mientras el cliente daba cuenta del sándwich, Iskander preparaba a toda prisa dos cafés con la esperanza de oír alguna historia

sobre las bajezas humanas. No pocas veces, ese deseo se cumplía. Al comisario Barudi le gustaba contar anécdotas al hombrecillo, con la única condición de que jamás preguntara nombres.

Ese día, el comisario respondió:

—Hoy no quiero café. Ya he tomado cinco, estoy mareado.

El hombre dedujo que su cliente no quería contar nada. Así que calló, esperando que la red del silencio pronto sacara a la luz un grueso pez.

Omar, el planchador, acababa de salir de su pequeño establecimiento frente a la tienda de ultramarinos para respirar aire fresco. Cuando Barudi lo vio, se acordó de la ropa que quería llevarle. ¿Qué trabajo infernal hacía Omar, que parecía todo piel y huesos? Su tienda era pequeña y asfixiante. El hombre, esmirriado y sudoroso, se pasaba todo el día detrás de su tabla, planchando la ropa con una pesada plancha de hierro al rojo. Y todo por unas miserables pias-tras.

El comisario Barudi pagó, bebió el último trago de agua y se retiró a su pequeña vivienda. En días así se desesperaba. Lo abrumaba la sensación de haberlo hecho todo mal. Trasladarse sin esposa a la capital había sido un error que todas las mañanas se reprochaba. En la ciudad nadie se ocupaba de él. Incluso tenía que lavarse la ropa, y ahora, en vez de estar en su despacho pensando en resolver un caso de asesinato, encima tenía que llevarla al planchador. Todas las mañanas se preparaba café y lo tomaba a solas en la cocina, contemplando un viejísimo y amarillento calendario. ¿Qué debía hacer? Nadia había apoyado al maestro del pueblo. «No subirá, pero tampoco caerá», le había dicho cuando él puso en la balanza su futuro como alto oficial de policía frente al del pobre maestro de escuela. La expectativa de una vida ostentosa no había surtido el menor efecto. Barudi no podía ofrecer más. El maestro era un hombre guapo, de voz seductora.

En ese punto de su lamento matinal, todos los días miraba su rostro en un viejo espejo que, manchado y medio velado, colgaba de la pared sobre la mesa. Nunca se había considerado guapo. Su creador tenía que haber estado borracho o ser corto de vista, pensaba a diario, y sonreía.

Había pasado cuatro años en la Brigada Criminal de la ciudad norteña de Alepo. Se llevaba bien con su jefe, quien, al quedar libre el puesto en la sección de homicidios de Damasco, había recurrido a sus contactos. Barudi llevaba ya un año en ese puesto. Su tarea en la

capital le parecía grande, a veces demasiado para un joven teniente. Pero se esforzaba en aprender y era trabajador. Su jornada terminaba después de doce o incluso catorce horas de trabajo, pero no se quejaba. En general, se sentía agradecido por estar en la comisaría y hacer algo. Las pilas de expedientes lo familiarizaban con la ciudad, que a él, hijo de un campesino del sur, seguía resultándole enigmática. El único defecto de su trabajo era su superior, el coronel Kuga, un diplomático frío y vanidoso.

—En la capital sopla un viento distinto —le había advertido su bondadoso jefe de Alepo—, pero con tu trabajo los convencerás a todos.

Barudi tenía la sensación de que Kuga desdeñaba deliberadamente sus logros, y por eso esperaba contar de una vez con un caso difícil, cuya resolución le permitiera destacar.

Como siempre, la puerta de la casa estaba abierta; en el barrio cristiano de Damasco la gente seguía viviendo tan tranquila como si las calles aún tuvieran, como en el siglo anterior, una puerta que se cerraba por las noches. Desde el punto de vista de un criminalista moderno, una puerta abierta era simple frivolidad.

Su vieja casera sólo lo tenía alojado a él. Dos cuartitos y una cocina en el primer piso; no era una mala vivienda. En cualquier caso, tenía que compartir con ella el baño. Sabía que allí podía vivir siendo soltero, la vieja viuda le limpiaba la casa por pura compasión. Para ella, él era un muchacho bueno y bien educado de un pueblo cristiano, que jamás recibía visitas, pagaba el alquiler por anticipado y no fumaba ni bebía. Siempre era cortés y serio. Las mujeres no le interesaban y ninguna parecía interesarse por él. Era de estatura pequeña, llevaba gafas gruesas y su cabello había encanecido prematuramente, todo lo cual frenaba por triplicado a las damascenas.

La casera sólo tenía un pero que ponerle. Sin duda, había sido bautizado como católico igual que ella, pero jamás se dejaba ver en la iglesia. Cuando se lo había echado en cara, él había respondido que no pecaba. Y tras soltar una risita había añadido que no tenía tiempo para eso.

Aquel día, la saludó apresuradamente. Ella alzó los ojos un instante del viejo vestido que estaba zurciendo. Él volvió a salir casi enseguida de la casa con las camisas y pantalones lavados, que había metido en una gran bolsa.

—Pero si acaba usted de llegar —dijo la viuda.

—Sólo quería recoger la ropa. Tengo mucho que hacer. Sin duda habrá oído usted hablar del crimen de la capilla de Bulos —respondió él, con la certeza de que en un radio de dos kilómetros a la anciana no se le escapaba nada, absolutamente nada. Y su casa, en la calle Ananías, no estaba muy lejos de la entrada de la capilla de Bulos.

—La gente ya no teme a Dios. ¡Un crimen en la iglesia! ¿A quién se le ocurre semejante cosa?

—¡Si yo lo supiera! —suspiró el comisario.

4. En la jungla

Cuando Barudi se sentó a su escritorio, volvió a acordarse de la nota que había encontrado junto al muerto. La sacó de su envoltorio protector y contempló las palabras, las asimiló, cerró los ojos y las repitió.

—Como si el asesino quisiera dar una indicación —dijo en voz baja, y se acordó de un caso que en su época de la academia se había utilizado como material de estudio: un asesino regresaba una y otra vez al lugar del crimen, e incluso ofrecía su ayuda a la policía. Los agentes lo echaban porque perturbaba la investigación, hasta que a un comisario inteligente le llamó la atención. Aceptó la oferta de ayuda del hombre, y pronto el asesino se delató y reveló su crimen. Cuando lo detuvieron ni siquiera estaba asustado, simplemente parecía haber terminado con la vida y no quería más que tranquilidad.

Su amigo, el teniente Ismail, le había dicho en broma al despedirse: «*Cherchez la femme.*» Ausente, el comisario Barudi olfateó el papel. El olor era discreto, pero le recordaba un poco a barniz de madera, ¿o se trataba de un perfume?

—Este papel podría llevarnos a la pista correcta —se dijo, pero tan alto como si quisiera comunicar su confianza al suboficial Mansur.

Éste se limitó a volver los ojos al techo y dijo:

—Hay algo que no encaja en este caso. Un musulmán, además comandante del Servicio de Seguridad del Estado o de qué sé yo qué organismo, cuelga en el cesto de la capilla de Bulos, y en su bolsillo se encuentra una nota con un nombre falso. Mi olfato me dice que esto apesta. No se apresure. Si no quiere quemarse los dedos con este caso, será mejor que espere.

Después de un año, Barudi estaba harto del continuo escepticismo y cautela de su ayudante. Tan sólo esperaba un momento favorable para apartar de su servicio a ese viejo insoportable y sustituirlo por un colaborador joven que pensara de forma más optimista. Mansur no sólo lo irritaba, también le daba asco. Su corazón estaba tan podrido como sus dientes. Aquel hombre estaba poseído por la idea de exterminar a todos los ratones de este mundo. Ya el primer día de trabajo le había explicado a Barudi todas sus teorías sobre la caza de ratones, y le había mostrado las máquinas infernales que había ideado a lo largo de los años y que disponía todas las noches. Barudi tenía que andarse con cuidado para no caer él mismo en alguna de esas crueles trampas.

Se sentía como en un manicomio. Todos estaban entusiasmados con las máquinas de Mansur. Incluso el coronel Kuga, el jefe, a quien la explicación resumida de un crimen casi perfectamente camuflado contra una viuda acomodada ni siquiera había arrancado una cansada sonrisa, piafaba de gusto a la vista de los ratones ajusticiados.

El comisario Barudi ya había intentado echar a Mansur en varias ocasiones. Pero el viejo buitres tenía a sus espaldas más de treinta años de servicio, y se las sabía todas. No ofrecía ningún flanco descubierto, porque llevaba a cabo sus tareas con desgana pero conforme a las normas.

Hacia las cinco de la tarde, ocho horas después de haber identificado el cadáver, el comisario se presentó ante el coronel Badrán. El hermano menor del presidente Amrán, jefe del Servicio de Seguridad del Estado, les retiraba las competencias para seguir investigando el caso del comandante Mahdi Said. Se trataba de un crimen político, no era asunto de la Brigada Criminal. Habló en voz baja y sin emoción alguna, como si sólo estuviera tomando un sorbo de agua. Mahdi Said había sido su mejor colaborador: él mismo se ocuparía de buscar a su asesino y de acabar con él. El coronel Kuga asentía sin cesar, como una marioneta. Barudi no sólo se sorprendió por la dureza y vanidad del oficial de la Seguridad del Estado, sino también por su alto rango, pero había aprendido a respetar a todos los que eran demasiado jóvenes para el grado que poseían. En general, eran miembros del núcleo duro del poder, golpistas o hijos de éstos, que lo apostaban todo a una carta y con treinta años podían acabar en el patíbulo o bien en un alto cargo del gobierno. Sólo en los últimos cinco años se habían producido once revoluciones —cuatro

con éxito y siete fracasadas—, golpes, ascensiones, caídas, vencedores y jóvenes oficiales ejecutados sumariamente.

Sin embargo, la jerarquía de esas personas obligaba al joven comisario a apretar los dientes. El Servicio Secreto estaba en lo más alto de la pirámide del poder, a las órdenes directas del presidente, e incluso se murmuraba que el presidente sólo podía gobernar gracias a la clemencia del Servicio Secreto. En un escalón muy bajo del poder estaba la Brigada Criminal. Podía ocuparse de los delincuentes mientras no pertenecieran a los estratos superiores, a la casta militar o al partido gobernante, el Baaz.

—Sólo los vigilantes nocturnos tienen menos poder —decía el cínico Mansur.

Barudi tuvo que retirar a su gente y asegurar con humildad al coronel que para él el muerto había dejado de existir. En veinticuatro horas, Barudi debía entregar personalmente al jefe del Servicio Secreto, Badrán, todos los resultados de la investigación. Era imposible pasar por alto la amenaza velada de las órdenes.

5. Mansur

—El conocimiento —afirmaba el suboficial Mansur— es una cerradura cuya llave es una pregunta, pero en este país no se puede preguntar. Por eso, mi querido Barudi —añadió con aire revelador—, en este país no hay ni una sola novela policíaca decente. Las novelas policíacas se nutren de preguntas. —Sonrió—. ¿Se acuerda de la campaña contra la corrupción que nuestro presidente Amrán anunció en la pasada primavera? Entonces estableció una comisión anticorrupción, formada por prestigiosos eruditos y jueces que podían plantear a cualquiera la pregunta: «¿De dónde has sacado eso?» El presidente se dirigió públicamente a la comisión, riéndose: «Señores, empiecen por mí», pero la comisión decidió empezar por el sirio más corrupto de todos los tiempos: Shaftán, el hermano del presidente. Lo citaron y le plantearon cortésmente la pregunta en cuestión: de dónde. En esa época Shaftán aún era el segundo hombre del Estado y comandante de las temidas Unidades Especiales. Enseguida encarceló a todos los miembros de la comisión, hasta que éstos declararon en público: «Alá otorga riqueza ilimitada a quien quiere.» Sólo entonces los puso en libertad.

El comisario ya había oído hablar del corrupto hermano del presidente, pero no acababa de entender qué relación guardaba todo eso con el caso que tenían entre manos. Dirigió a su subordinado una mirada fulminante.

—Una palabra más y se enfrentará a un proceso por ofensas al presidente. Y en adelante no soy su querido Barudi, sino teniente Barudi, ¿lo ha entendido, ayudante Mansur?

El suboficial asintió en silencio. Conocía de sobra a esos jóvenes que tras unos meses en la academia de policía se comportaban como generales. Le habría encantado explicarle a ese mozo que todos sus conocimientos sobre la ausencia de novelas policíacas y las preguntas jamás planteadas los había obtenido de Agatha Christie, a quien en una ocasión había acompañado en un viaje por Siria. Su esposo, Max Malloyan, había recorrido el nordeste del país a principios de los años cuarenta, con motivo de unas excavaciones arqueológicas.

En esa época, Mansur había estado a punto de morir de hambre. La sequía y una inusual plaga de ratones habían acabado con todas las reservas de su pueblo. A Agatha Christie le cayó bien el muchacho y lo empleó como sirviente pese a la oposición de su esposo. Con el tiempo llegó a criado jefe. Y Agatha Christie lo había llamado «nuestro número uno» en sus memorias de Siria *Ven y dime cómo vives*. Él la atendía y se cuidaba de su alojamiento y comida. La escritora había sido una presencia refrescante en su vida. Era catorce años mayor que él, pero tenía mucho más sentido del humor que su marido y se reía de todos, empezando por ella misma. No pocas veces, Mansur tuvo que traducir sus graciosas observaciones: «Te aconsejo, querida —le había dicho a su hermana Nahla en una ocasión que la pareja de ingleses los invitaron a comer—, que te cases con un arqueólogo, porque cuanto más vieja seas más interesante te encontrará.»

Poco antes de marcharse la pareja, Mansur había conseguido un empleo en el cuerpo de policía, por entonces en plena formación. A su despedida, él se había presentado ya de uniforme.

Desde entonces habían transcurrido treinta y un años.

Sin embargo, Mansur se tragó sus conocimientos sobre novela policíaca, que desde el encuentro con Agatha Christie se había convertido en su segunda pasión, oculta por prudencia. Durante todo ese tiempo había servido a dieciséis oficiales, que habían pasado sin dejar rastro como nubes de verano, y había aprendido a callarse a

tiempo. Aún le faltaban tres años para jubilarse, y un destino en algún piojoso pueblo del sur habría sido una catástrofe para su pensión. Y ésa era precisamente la sanción habitual en caso de enfrentamiento con un superior.

Por vez primera desde hacía años, de pronto sintió miedo. Ninguno de sus jefes lo había amenazado con convertir una broma en una ofensa al presidente. Eso lo habría enviado directo a la cárcel, y quizá sin pensión alguna. Desde el primer momento, ese teniente le había parecido demasiado ambicioso, y por tanto peligroso.

6. El coronel Badrán y el curso de los acontecimientos

Para el coronel Badrán el caso estaba clarísimo. El asesinato del comandante Mahdi Said tenía un trasfondo político. Consideraba que la frase en la nota era una prueba de que el comandante había muerto porque sabía demasiado acerca de una sociedad secreta y los conjurados temían una traición, o bien que ya habían condenado a Mahdi por traidor. El coronel suponía que «Bulos», como decía la nota, era un alias. Probablemente porque el comandante antes había sido cristiano y hasta su muerte había vivido en el barrio cristiano. Badrán sabía que la víctima en realidad se llamaba Said Bustani, pero que en su nueva vida de musulmán no había querido llevar el apellido de su padrastro, a quien había sufrido de niño. Por eso, desde su conversión al islam se había llamado Mahdi Said, «el feliz bien guiado».

Cuando Badrán, el superior inmediato de la víctima, se había enterado de la muerte violenta de su mejor oficial, se mostró horrorizado. Mahdi Said había sido ambicioso, fiable y duro como el acero. Era el único hombre de confianza en que había podido apoyarse cuando las cosas se habían torcido.

Luego, el horror cedió paso a una sospecha que inquietó al coronel. ¿Y si el ambicioso Mahdi Said lo había engañado y a sus espaldas se había puesto en contacto con círculos de conspiradores? La idea no dejaba dormir a Badrán. Estaba tan obsesionado que dos días después lanzó a la calle a un grupo de sus mejores hombres para que recabaran toda la información posible sobre Mahdi Said. Él mismo dirigió la pequeña unidad especial que examinó con lupa la casa del muerto.

Un día tras otro se sentaba en el salón de la joven viuda, dejaba que ésta le sirviera limonada, café y bombones, y con encanto y hábiles preguntas trataba de espiar bajo el velo de indiferencia en que se envolvía la mujer. Su gente desmontó la buhardilla para examinar palmo a palmo la pequeña vivienda del comandante.

Muy pronto, la sospecha del coronel Badrán pareció confirmarse: en un armario metálico hallaron un cuadernito insignificante con nombres cifrados. La descodificación se hizo siguiendo con sumo cuidado las enseñanzas que los agentes del Servicio Secreto sirio habían recibido de oficiales rusos y germano-orientales en diversos cursos. Las seis personas cuyos nombres fueron descifrados pertenecían al más alto escalafón del Ejército y el Servicio Secreto. El propio Mahdi se había registrado con el nombre de «Bulos». Badrán se sintió triunfante: su intuición había sido profética.

Tras ser sometido a interrogatorio y torturas, un general confesó que él y otros cinco oficiales habían estado trabajando para establecer una «sociedad secreta de oficiales libres» con el propósito de luchar por la patria.

—¡Eso se llama golpismo, hijo de puta! —gritó el coronel al general.

—Como vos digáis, señor —susurró éste, abatido y derrotado.

El general moribundo recurrió a ese inusual tratamiento de respeto con la minúscula esperanza de que el coronel se sintiera honrado como un rey y pasara graciosamente por alto el pequeño paso en falso, que por otra parte no había tenido la menor consecuencia para el Estado.

Sin embargo, para Badrán, de rango muy inferior al del general, el servilismo de éste sólo fue la confirmación de que el hombre era un hipócrita.

Un año antes, contó el general en voz baja, se habían puesto en contacto con Mahdi Said, porque él y los otros oficiales consideraban que había demasiados rusos y comunistas alemanes actuando en su orgullosa Siria. Su único propósito había sido salvar la patria. Admiraban de Mahdi Said su odio visceral al comunismo, su inteligencia y su determinación. Al principio, el comandante no se había mostrado hostil a la idea de la salvación, pero de improviso, tres meses antes, se había retirado del proyecto. Ya no quería tener nada que ver con los oficiales de la sociedad secreta.

—Y por eso le habéis partido el cuello —dijo el coronel, ya más tranquilo, casi en voz baja, porque ahora se sabía sobre una pista se-

gura. Al mismo tiempo, sintió una maliciosa satisfacción hacia el muerto, porque exactamente en ese instante Badrán comprendió que el comandante Mahdi Said no había sido un traidor. Nunca hubiera podido ocultarle semejante conspiración. Su descubrimiento le habría valido con toda certeza una medalla de oro, de la que lo habían privado al romperle el cuello. El coronel sonrió ante esta reflexión y pensó en las suaves rodillas de la viuda. Llevaba minifalda, como todas las mujeres modernas ese año.

El general se echó a llorar miserablemente. Jamás habían pensado en tocar un pelo al comandante, porque muy pronto él y los otros llegaron a la conclusión de que toda la idea del golpe era absurda, ya que el nuevo gobierno de los hermanos Amrán y Badrán era absolutamente patriótico. Y sobre todo cuando él, el coronel Badrán, había puesto en su sitio tanto a los rusos como a los alemanes orientales, todos habían pensado que, al retirarse del plan, Mahdi Said los había despertado y arrancado de las manos del diablo. Y por eso...

El coronel se levantó y se marchó. No prestó atención ni a los elogios ni a lo que el general seguía contando. Fuera, dio al oficial al mando la orden de torturar al grupo de altos oficiales hasta que todos confesaran y corroboraran por escrito el asesinato de Mahdi Said.

—¿Hasta dónde puedo llegar? —preguntó el oficial, mientras abría a su superior la puerta del coche.

—Hasta la muerte —respondió el coronel. Acto seguido, subió a su limusina y se fue a ver a la viuda del comandante Said.

Una semana más tarde, los oficiales rebeldes fueron procesados. Fueron hallados culpables de haber planeado un golpe contra el gobierno y haber asesinado alevosamente a un antiguo compañero de conspiración que, por arrepentimiento y amor a la patria, se había negado a seguir colaborando con ellos. El proceso se celebró en secreto, en un cuartel abandonado a las afueras de Damasco. Los condenados fueron fusilados ese mismo día.

Badrán utilizó la conspiración como pretexto para depurar y reordenar el Servicio Secreto. Una ola de detenciones recorrió toda la red, y hombres que un día antes habían sido poderosos, de pronto se hallaron compartiendo las miserables celdas con sus enemigos. Todos los contactos del Servicio Secreto fueron minuciosamente examinados. Desde ese momento se exigió obediencia ciega en todo el aparato.

Por otra parte, al mando del coronel Badrán, los asesores germano-orientales y rusos en materia militar, torturas y servicios secretos tuvieron que aceptar duros recortes en sus atribuciones. Se les prohibió expresamente el uso del tono despectivo con que se dirigían a los oficiales sirios desde la devastadora derrota de los árabes en la guerra de 1967 contra Israel. Desde entonces, los rusos habían tratado a los oficiales sirios como a alumnos rezagados.

El coronel también prohibió cualquier injerencia directa en los asuntos del Ejército y del Servicio Secreto, con el declarado objetivo de preservar los secretos del Estado. Sus argumentos eran lógicos y convencieron a la dirección política. Los expertos, argumentó Badrán, habían acudido a Damasco para responder a preguntas referentes a detalles técnicos, no para plantear sus propias preguntas, y mucho menos para manifestar sus opiniones políticas. Sus contactos familiares y políticos, muy ramificados, eran opacos, con lo que siempre existía el peligro de que en algún punto se filtraran informaciones a Israel. El coronel estaba en una pequeña habitación, delante de una pizarra. En torno a una mesa se sentaban tres oyentes: su hermano mayor Amrán, el presidente; su primo el general Sadán, ministro de Defensa, y el yerno de éste, el coronel Hardán, ministro del Interior. Poco después, los tres hombres más poderosos daban luz verde a todas las medidas que Badrán consideraba necesarias.

Los expertos rusos, que un año antes se habían reído de ese arribista cuando les mandó una circular donde les solicitaba cortésmente que cuidaran el tono en su trato con los oficiales sirios, tuvieron que ver cómo uno de sus generales era sacado en plena noche de su villa en el refinado barrio de Abu Rumana y era mandado humillantemente en pijama a Moscú porque una hora antes, estando borracho, había ofendido a un joven oficial sirio. Y cuando los rusos se doblegaron, también los expertos alemanes orientales, los búlgaros y los rumanos se sometieron al inflexible coronel. Pero éste no se mostró satisfecho con el cambio, sino doblemente desconfiado. Sin duda, los oficiales del Ejército y el Servicio Secreto sirios lo consideraban un héroe que les había devuelto el honor perdido en la guerra contra Israel.

En cambio, en el barrio cristiano se murmuraba que la viuda y el propio coronel Badrán tenían mucho que ver con el crimen. Un día, Mahdi Said había descubierto la relación de su esposa con su superior. Airado, según contaban los vecinos, se había distanciado de su mujer y había preferido dormir a solas en la buhardilla. No había

enloquecido de rabia ni pegado a su esposa, como era habitual, sino que había preparado en secreto el asesinato de Badrán, y sólo después se vengaría de ella. Pero había cometido un error fatal. Su esposa, se decía, había descubierto en la papelera una nota en la que figuraban minuciosamente, hasta con fechas, los pasos de su plan. Avisó a su amante. Entonces el coronel se había escondido en la habitación de la mujer. Por la noche, los dos habían subido a la buhardilla y asfixiado juntos al marido en su cama. Un vecino, el orfebre Butros Asmi, afirmaba haber visto en plena noche una figura bajita y rechoncha que bajaba la escalera con un saco a hombros. No había podido identificar al hombre, porque estaba oscuro, explicaba, pero al fin y al cabo Badrán era bajito y de compleción atlética y musculosa.

Como prueba de esa macabra tesis, los vecinos aducían que una semana antes del crimen el coronel Badrán había pasado la noche con la viuda sin el menor recato. Su guardaespaldas se había apostado delante del edificio y registraba a todo el que entraba y salía de la casa, en la que había varias viviendas.

Pero cuando el único testigo, el mencionado Butros Asmi, perdió la vida en un extraño accidente, el edificio del comandante muerto, situado en la calle Marcel Karaméh, en medio del barrio cristiano, se transformó como por ensalmo en una isla lejana, aislada del resto del mundo por un océano de miedo.

El caso de Mahdi Said quedó oficialmente cerrado el 19 de marzo de 1970, y las tres abultadas carpetas con actas de interrogatorios, pruebas, testimonios, la acusación y la sentencia del tribunal contra los altos oficiales, fueron a parar al archivo del Servicio Secreto. La notita de caligrafía temblorosa quedó olvidada en la primera carpeta, dentro de un separador de plástico transparente.

El comisario Barudi se enteró por sus contactos del pasado cristiano del comandante asesinado. Ahora estaba seguro de que el nombre de Bulos y el texto de la nota eran la brújula por la que habría tenido que guiar sus pasos para mantenerse en la pista correcta hacia el asesino. Antes de entregar al coronel la fina carpeta del caso, había fotocopiado todos los resultados de la investigación y cortado de la nota hallada junto al cadáver una tira de un dedo de anchura y unos veinte centímetros de longitud. Lo escondió todo cuidadosamente en un cajón secreto que había montado de noche en su escritorio.

Barudi creía que la infancia del asesinado lo conduciría hasta el asesino. Estaba convencido de que, si procedía con cautela, acabaría resolviendo el caso.

Y en verdad procedió con cautela. Finalmente la pista resultó correcta, aunque por entonces ni siquiera sospechaba adónde había de llevarlo su curiosidad seis meses después.

